

Tratado de la Piedra Filosofal
y
Tratado sobre el arte de la Alquimia

Si este libro le ha interesado y desea que lo mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos cuáles son los temas de su interés (Astrología, Autoayuda, Esoterismo, Qigong, Naturismo, Espiritualidad, Terapias Energéticas, Psicología práctica, Tradición...) y gustosamente lo complaceremos.

Puede contactar con nosotros en
comunicación@editorialsirio.com

3ª edición: octubre 2010

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
Camino a Minas, 501
Bodega nº 8,
Col. Lomas de Becerra
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-663-4
Depósito Legal:

Impreso en Imagraf

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Santo Tomás de Aquino

*Tratado de la Piedra Filosofal
y
Tratado sobre el arte de la Alquimia*

editorial  irio, s.a.



Introducción

El Demiurgo, gran constructor del universo, es indiscutiblemente un artista de vasto polifacetismo. No sólo es pintor y escultor, sino también autor de dramas, comedias y farsas; no admitiendo censura alguna en su actividad, se ocupa gustosamente en ofrecer toda clase de representaciones de carácter erótico.

A veces le gusta escribir obras satíricas, tomando como actores a las pobres criaturas humanas, a los que, bien sea gratuitamente o pegándoles unos honorarios miserables, envía a escena.

Una obra satírica de este estilo podría llevar este título: «Alquimia o impenetrabilidad».

A los ojos de la limitada mentalidad humana, tiene demasiados actos para poder mantenerse en escena de forma continuada. Sin embargo, es indiscutible que está escrita con gran habilidad; una y otra vez aparecen momentos de tensión y apenas experimentamos un ligero signo de aburrimiento cuando el autor, magistralmente, por medio de amables artimañas provoca en nosotros una atención renovada. Supongo que el comienzo de la obra hay que situarlo en la juventud del Demiurgo, pues todo lo que sobre alquimia sabemos se pierde en la noche de los tiempos; nadie se puede acordar del preludeo y del primer acto.

Por el contrario, leyendo los libros de la Edad Media que tratan del arte de fabricar oro, todos podemos actualizar los actos posteriores. El cuadro que directa o indirectamente aparece ante nuestros ojos es de una extraordinaria vistosidad y a menudo nos atrae a una Fata Morgana. Por una parte, vemos una y otra vez, en boca de sabios irreprochables y testigos veraces (por ejemplo, el famoso holandés Van Helmont), cómo fueron llevadas a cabo transmutaciones de metales, y habló de los efectos de la llamada piedra filosofal; por otra parte, oímos que en aquel tiempo los engañadores abundaban en las cortes reales donde, mediante bufonadas y trucos de prestidigitación, pescaban en río revuelto.

Con la invención de la imprenta cae un torrente de libros sobre la afligida humanidad, en donde muchos, abierta o encubiertamente, afirmaban estar en posesión del misterio que permite convertir en oro, cinc o mercurio.

Se escribieron muchos libros sobre la teoría de la transmutación de los metales, y para mostrarnos el Demiurgo su astucia como escritor teatral esparció chistes aquí y allá cuando la representación parecía aburrir. Mencionaré brevemente que un cierto Adolf Helfferich

editó, a mediados del siglo XIX, un libro entonces famoso titulado «La nueva ciencia de la naturaleza, sus resultados y perspectivas» (Triest, 1857). Con ello, el señor Helfferich interviene abiertamente en el campo de la alquimia y en sus afirmaciones. El hecho de que muchos siglos después un individuo del mismo nombre aparece en la historia universal como presidente del Banco Nacional que domina magistralmente el arte de transformar metales, concretamente el de convertir oro en papel, es un chiste tan brillante que sólo un crítico de arte, dejado de la mano de Dios, podría afirmar que no se trata aquí de una alusión reflexiva e intencionadamente hecha por el director de la Historia Universal, sino que es pura coincidencia. Para mí es evidente que el escritor de esta comedia satírica ha utilizado, en el año 1857, el nombre de Helfferich con el solo propósito de repetirlo en el año 1917 y dar lugar al chiste.

También, el hecho de aludir a un segundo virtuoso en el arte de transformar metales, llamado doctor Schacht, el cual actúa a la inversa, es decir, transformando papel en oro (aunque en porciones mínimas), es digno de un agudo dramaturgo, como el Demiurgo. En la elección de los hombres que da a sus figuras se aprecia con qué cuidado y reflexión actúa en la composición de sus obras. Casi todos los hombres tienen una significación simbólica: Helfferich no es, en modo alguno, alguien que ayuda,¹ sino precisamente lo contrario, y el otro lleva el ominoso nombre de Schacht.²

1. La palabra Helfferich significa literalmente hombre que ayuda o se ayuda a sí mismo. Según parece, la alusión se refiere al político Helfferich, que en 1916-1917 fue secretario del Tesoro Nacional (N. del T.).

2. 2. Hjalmar Schacht (1934-1937), ministro del Tesoro Nacional. En 1944-1945, prisionero en campos de concentración (N. del T.).

Si vemos los libros medievales sobre alquimia, lo cual supone una decisión heroica y una gran constancia, en todos encontraremos el siguiente aviso: si logras comprender el sentido de nuestra escritura y el misterio de cómo se obtiene la tintura de oro, déjate azotar hasta la muerte antes de revelarlo, pues es voluntad divina que esto quede oculto. Y este conocimiento de la voluntad divina –lo cual significa conocimiento de la voluntad del Demiurgo– es también la causa, según los escritores adeptos de todos los tiempos, de por qué el proceso de transmutación de los metales es presentado de modo encubierto y con palabras oscuras al lector y al aprendiz.

Se siente la tentación de suponer que los señores escritores se han expresado de forma tan misteriosa, precisamente porque ellos también desconocían el misterio mencionado y les gustaba, por otra parte, jactarse de que lo sabían.

Cabe preguntarse si esto sucedía en casos aislados o en la totalidad. Yo, por mi parte, lo pongo en tela de juicio. Suponer, por ejemplo, que santo Tomás de Aquino escribió un manuscrito para hacerse solidario con el mundo laico, en contraposición con los adeptos de la alquimia, es algo que carece de sentido. Y Tomás de Aquino no era solamente un hombre de ingenio claro, sino también uno de los grandes sabios de su tiempo. No en balde se le ha llamado Doctor Angélico.

A esto responderán muchos que Tomás de Aquino no escribió libro alguno sobre alquimia y que se trata únicamente de falsificaciones de la Edad Media «hace tiempo comprobadas».

Quisiera responder que nada de eso está demostrado. Incluso todo hace suponer lo contrario. A mi entender, el único que ha afirmado que las obras sobre alquimia atribuidas a Santo Tomás de Aquino son falsificaciones es un

cierto Naudé, un francés que en el año 1712 escribió un libro voluminoso titulado «Apologie pour les grands Hommes soupçonnés de Magie». En éste, toma a ciertos grandes hombres, y entre ellos sobre todo a santo Tomás de Aquino, defendiéndoles ante la sospecha de haber practicado magia. ¡Como si la alquimia de la que santo Tomás de Aquino habla en su manuscrito tuviera que ver lo más mínimo con la magia!

Evidentemente, existe una clase de «alquimia» que es pura magia, pero ésta no se ocupa en transformar plomo en acero, sino en convertir hombres animales en «hombres dorados».

Hay algún libro que, por su contenido y método, es considerado como alquímico, aunque no tiene nada que ver con esta ciencia, sino únicamente con un proceso mágico que pertenece al terreno del yoga o bien al de una «masonería mística». Ahora bien, es indiscutible que Santo Tomás de Aquino no practicó en absoluto «masonería» alguna. De la misma manera, no es necesario defenderle contra el reproche de que se interesaba por la transformación de metales o de que –como se deduce del presente tratado dedicado a su amigo, el hermano Reinaldo– se hubiera ocupado, incluso con éxito, de la alquimia. Pues, por otra parte, la alquimia (no la masonería mágica del rosario), ni en tiempos de santo Tomás de Aquino ni después, fue prohibida por la Iglesia. Como es conocido, incluso ha sido practicada por numerosos prelados católicos. La única «prueba» que el mencionado Naudé alega contra la autenticidad de los escritos de Tomás de Aquino se puede resumir en las siguientes palabras: «está fuera de duda que un hombre de tal sabiduría y virtuosa vida como Tomás de Aquino, que además en el año 1333 fue declarado santo, pudiera haberse ocupado de la alquimia».